

Tyche y automaton: lectura lacaniana del concepto de compulsión de repetición de Freud.

Lizette A. Alegre González ⁵⁴

Introducción

“Más allá del principio de placer” constituye una inflexión en el pensamiento de Freud acerca del aparato psíquico, que marcará indeleblemente el desarrollo de sus posteriores concepciones, como la formulación de su segunda tópica (Freud, 1923) y el importante lugar que otorgará a la destructividad –pulsión de muerte– (Freud, 1929). El concepto de compulsión de repetición –dilucidado en el marco metapsicológico de la pulsión– no sólo le permitió dar cuenta del fenómeno que subyace a la “neurosis traumática”, sino observar su lugar como fenómeno clínico en relación a la transferencia e, incluso, reconocer en él algo propio de la constitución misma del aparato psíquico, desplazando, así, la centralidad que hasta entonces había otorgado al principio de placer en la regulación de los procesos anímicos de dicho aparato. Lacan verá en la compulsión de repetición –automatismo de repetición, en sus palabras – una noción que reafirma lo que fue el descubrimiento inaugural de Freud, a saber, la concepción de la memoria implicada en la formulación de su inconciente. Y sobre este último –sobre el inconciente– señala que el creador del psicoanálisis nos enseñó que habla. Estos dos aspectos constituyen, para Lacan, la piedra medular a partir de la cual él llevará a cabo su retorno a Freud. No por nada, el primer texto que precede a la Obertura en sus Escritos comienza apuntando que el *automatismo de repetición*

⁵⁴ Lizette A. Alegre González es Doctora en Etnomusicología por el Programa de Maestría y Doctorado en Música de la Facultad de Música de la UNAM. Asimismo, realizó estudios de Maestría en Teoría psicoanalítica en el Colegio de Psicoanálisis Lacaniano. Actualmente se desempeña como docente y tutora en la carrera de Etnomusicología (FaM) y el Posgrado en Música de la UNAM. Es candidata a investigadora nacional por el SNI. lalizetta7@gmail.com

“ toma su principio en lo que hemos llamado la insistencia de la cadena significante. Esta noción, a su vez, la hemos puesto de manifiesto como relativa de la *ex-sistencia* (o sea: el lugar excéntrico) [lo real] donde debemos situar al sujeto del inconsciente, si hemos de tomar en serio el descubrimiento de Freud” (Lacan, 2009a, pág. 23). Significante y real (*ex-sistencia*) son nociones que constituirán buena parte de la impronta lacaniana, y de lo que ésta debe al modo en que el psicoanalista francés integró, en su lectura de Freud, los desarrollos de la lingüística estructural de su tiempo.⁵⁵

Con base en lo anterior, este trabajo tiene por objetivo identificar los elementos que caracterizan la lectura que hace Lacan del concepto freudiano de compulsión de repetición. Para tal finalidad, el argumento está organizado en dos secciones. En la primera, abordo los fenómenos que condujeron a Freud a dar forma a la noción de *compulsión* de repetición. Para ello, dedico un primer apartado a esbozar los principales aspectos que configuran la centralidad que hasta entonces Freud le había otorgado al principio de placer como regulador de los procesos del aparato psíquico, por ser éste el antecedente que la *compulsión de repetición* viene a contrariar. En el segundo apartado hago un recorrido por el modo en que lo traumático, el juego infantil del *fort-da* y los fenómenos de repetición en transferencia, conducen a Freud a postular la adscripción de la *compulsión* de repetición a lo reprimido inconsciente que se instaura más allá del *principio* de placer. La segunda sección está dedicada a exponer los elementos que configuran la lectura lacaniana de la compulsión de repetición. Su primer apartado tiene por objetivo mostrar la conceptualización que hace Lacan del inconsciente dinámico como la causa donde se ubica la hiancia para, a continuación, introducir las nociones de sujeto, significante y real que subyacen al hecho de que el inconsciente habla. Con base en lo anterior, el segundo apartado aborda los conceptos aristotélicos de *tyche* y *automaton* como términos que permiten a Lacan postular el automatismo de repetición como la insistencia de un significante que introduce lo real. Finalmente, para mostrar de qué modo todas estas elaboraciones tienen incidencia en el análisis, el último apartado aborda la reinterpretación que Lacan hace de un sueño, previamente analizado por Freud, que pone de manifiesto el encuentro con lo real.

⁵⁵ En este trabajo me refiero a una etapa de la enseñanza de Lacan en la que muchos de sus esfuerzos se dirigen a dar cuenta del lugar que lo simbólico tiene en la estructura misma del sujeto a partir, principalmente, de su particular empleo de los desarrollos de la lingüística y de la antropología estructural. No abordo aquí el modo en que integra, por ejemplo, la topología de nudos, que corresponde a una etapa posterior.

1. La compulsión de repetición en Freud

1.1. El principio de placer

“Más allá del principio de placer” constituye una significativa modificación a lo que Freud había sostenido previamente en torno al decurso de los procesos anímicos, a saber, que el principio de placer es lo que regula automáticamente la vida anímica. Esta teoría se funda en una concepción económica, en la que el placer y el displacer se refieren a cantidad de excitación, monto de energía no ligada. El incremento de la misma corresponde al displacer, mientras que su reducción al placer. Lo decisivo respecto de la sensación se debe a la medida ya sea del incremento o de la reducción en un período de tiempo. La noción de que el *principio* de placer es lo que rige la vida anímica se deriva de la hipótesis de que el aparato psíquico se esfuerza por mantener la cantidad de excitación lo más baja posible o, al menos, constante, por lo que dicho principio, a la vez, se deriva del *principio de constancia*. (Cfr. Freud, 1920, págs. 7-9). Decir que el *principio de placer* regula el decurso de los procesos anímicos no significa que reina totalmente sobre ellos. De hecho, según Freud, la experiencia más universal refuta enérgicamente la conclusión de que la mayoría de los procesos anímicos van acompañados de placer o conducen a él. Entre las fuentes de displacer, Freud destaca dos. La primera se refiere al proceso mediante el cual el *principio de placer* es relevado por el principio de realidad. En este caso, cabe señalar que el principio de placer, como modo de trabajo primario del aparato psíquico, constituye un peligro o al menos resulta inutilizable para la autopreservación del organismo frente a las dificultades que impone el mundo exterior. Las pulsiones yoicas –de autoconservación del yo–, por tanto, son las responsables de relevar el principio de placer por el principio de realidad, mecanismo por el cual no necesariamente se resigna el propósito de una ganancia de placer, sino que se pospone la satisfacción: un placer momentáneo pero que podría acarrear consecuencias no deseables es abandonado únicamente en función de un placer más seguro, aunque posterior.⁵⁶ Por otra parte, conviene señalar que las pulsiones sexuales logran evadir significativamente el *principio de realidad*, de modo que quedan más tiempo bajo la égida del principio de placer y, en muchos casos, jamás se pueden sustraer de él, lo que ocasiona detrimento en el organismo.

La otra fuente de displacer está referida a los conflictos y escisiones que se producen en el aparato psíquico durante el desarrollo del yo hacia organizaciones más complejas. Esto es porque no todas las mociones pulsionales congénitas son admitidas en el aparato en una misma fase del desarrollo debido al carácter inconciliable que algunas de ellas tienen, por sus metas o requerimientos, respecto de las que pueden con jugarse en la unidad abarcadora del yo. Por tanto, son segregadas de esta última mediante el proceso de la represión, que las mantiene en fases inferiores del desarrollo psíquico evitándoles, así, alcanzar satisfacción.

No obstante, si posteriormente por un rodeo logran procurarse una satisfacción ya sea directa o sustitutiva, esto lejos de ser experimentado como placentero produce displacer al yo, pues el conflicto anterior que previamente desembocó en la represión produce una nueva ruptura en el principio de placer en el momento mismo en que algunas pulsiones se esforzaban por alcanzarlo. (Cfr. *Ibidem*, págs. 9-11).

Estas dos fuentes de displacer no constituyen en modo alguno la mayor parte de las vivencias displacenteras, y las que restan no contradicen el primado del principio de placer, excepto las relacionadas con los acontecimientos traumáticos. La introducción de lo traumático brindó a Freud nuevo material que lo condujo a revisar y modificar la teoría que otorgaba el papel central en la regulación de los procesos anímicos *al principio de placer*.

1.2. Más allá del principio de placer: la compulsión de repetición como lo reprimido inconciente

La *neurosis traumática* se refiere a un estado que sobreviene a acontecimientos que implicaron riesgo de muerte –accidentes, guerra, etc.–. El cuadro de dicha neurosis suele presentar síntomas motores similares a los de la histeria, pero además, se caracteriza por padecimientos subjetivos agudos y por un debilitamiento e incluso destrucción más grandes de las operaciones anímicas.

⁵⁶ Véase también Freud, 1911.

Tres aspectos resultaban llamativos en este tipo de neurosis:

- 1) que el cuadro patológico podía sobrevenir sin que necesariamente hubiera habido violencia mecánica,
 - 2) que la causa parecía ubicarse en el factor sorpresa y la sensación de terror , y
 - 3) que un daño físico contrarrestaba, en varios casos, la generación de la neurosis.
- (Cfr. Ibidem, pág. 12).

En lo que respecta a la vida onírica de los enfermos de neurosis traumática, se observa su reconducción, una y otra vez, a la situación del acontecimiento traumático; situación que lo hace despertar con terror renovado. Esto era interpretado como una fijación psíquica al trauma. Sin embargo, Freud opone el hecho de que no es común que el enfermo frecuente el recuerdo del acontecimiento traumático durante la vigilia, y que, más bien es natural que se esfuerce en no pensar en él. Por otra parte, el planteamiento de que el sueño es el cumplimiento de un deseo, haría más coherente que las imágenes del mismo refirieran al tiempo en que estaba sano o bien a su ansiada curación. (Cfr. Ibidem, págs. 13-14).

En su exploración para comprender la tendencia a repetir el recuerdo de la situación traumática, Freud recurre a sus indagaciones en torno al juego infantil, por ser éste una de las prácticas normales más tempranas del modo de trabajo del aparato psíquico. En particular, relata lo que considera el primer juego, autocreado, de su nieto, un niño de año y medio de edad, al que elogiaban su carácter “juicioso”. No obstante, su buen comportamiento,

este buen niño exhibía el hábito, molesto en ocasiones, de arrojar lejos de sí, a un rincón o debajo de una cama, etc., todos los pequeños objetos que hallaba a su alcance, de modo que no solía ser tarea fácil juntar sus juguetes.

⁵⁷ Freud considera necesario distinguir angustia, miedo y terror en su relación con el peligro: “La angustia designa cierto estado como de expectativa frente al peligro y preparación para él, aunque se trate de un peligro desconocido; el miedo requiere un objeto determinado, en presencia del cual uno lo siente; en cambio, se llama terror al estado en que se cae cuando se corre un peligro sin estar preparado: destaca el factor de la sorpresa. No creo que la angustia pueda producir una neurosis traumática; en la angustia hay algo que protege contra el terror y por tanto también contra la neurosis de terror.” (Ibidem, págs. 12-13).

Y al hacerlo profería, con expresión de interés y satisfacción, un fuerte y prolongado «o-o-o-o», que, según el juicio coincidente de la madre y de este observador, no era una interjección, sino que significaba «fort» (se fue). Al fin caí en la cuenta de que se trataba de un juego y que el niño no hacía otro uso de sus juguetes que el de jugar a que «se iban». Un día hice la observación que corroboró mi punto de vista. El niño tenía un carretel de madera atado con un piolín. No se le ocurrió, por ejemplo, arrastrarlo tras sí por el piso para jugar al carrito, sino que con gran destreza arrojaba el carretel, al que sostenía por el piolín, tras la baranda de su cunita con mosquitero; el carretel desaparecía ahí dentro, el niño pronunciaba su significativo «o-o-o-o», y después, tirando del piolín, volvía a sacar el carretel de la cuna, saludando ahora su aparición con un amistoso «Da» (acá está). Ese era, pues, el juego completo, el de desaparecer y volver. Las más de las veces sólo se había podido ver el primer acto, repetido por sí solo incansablemente en calidad de juego, aunque el mayor placer, sin ninguna duda, correspondía al segundo. (Ibidem, págs. 14-15).

Freud interpreta este juego como un gran logro cultural del niño, debido a que pone de manifiesto la renuncia a la satisfacción pulsional, por la cual admite sin protestar la partida de la madre. Mediante la escenificación por sí mismo del desaparecer y regresar se resarcía. Sin embargo, no es creíble que la partida de la madre le resultara agradable o indiferente, por lo que no se entiende cómo la repetición de la vivencia penosa en el juego puede conciliarse con el principio de placer. Aducir que la partida es la condición previa a la reaparición gozosa, no se condice con el hecho de que en muchos casos sólo era escenificado el primer acto. Ante esto, Freud considera que el motivo del juego es la mudanza de una vivencia que se experimentaba de modo pasivo en una puesta en acto –mediante el juego– en papel activo, aún si la repetición resulta displacentera: “El acto de arrojar el objeto para que ‘se vaya’ acaso era la satisfacción de un impulso, sofocado por el niño en su conducta, a vengarse de la madre por su partida; así vendría a tener este arrogante significado: ‘Y bien, vete pues; no te necesito, yo mismo te echo’” (Ibidem, pág. 15).

⁵⁸ Este niño “no lloraba cuando su madre lo abandonaba durante horas; esto último a pesar de que sentía gran ternura por ella, quien no sólo lo había amamantado por sí misma, sino que lo había cuidado y criado sin ayuda ajena” (Ibidem, pág. 14).

De modo que si el esfuerzo de procesar psíquicamente algo impresionante repite en el juego la impresión desagradable, esto es debido a que la repetición se conecta a una ganancia de placer diferente pero directa. Con lo cual se pone de manifiesto que existen medios para convertir en objeto de recuerdo lo displacentero aun bajo el imperio del principio de placer. (Cfr. *Ibidem*, pág. 17).

Freud explica que la meta del análisis, es decir, el devenir conciente de lo inconciente, no se alcanza mediante el acto de colegir, reconstruir y comunicar al enfermo lo inconciente oculto para él, así como tampoco en descubrir y mostrarle las resistencias que oponía para que las resignase. Lo anterior debido a que el enfermo no sólo no puede recordar todo lo que hay de reprimido en él, sino que no necesariamente se convence de las construcciones que hace el analista. Por lo contrario, lo que aparece en cierto momento es la repetición de lo reprimido como vivencia actual; repetición cuyo contenido es un fragmento de la vida sexual infantil, del Edipo, que se escenifica en la transferencia con el médico –la neurosis es sustituida por una neurosis de transferencia–. Esta repetición en transferencia se impone sin que el analista pueda evitarlo; más bien debe dejar que el enfermo reviva cierto fragmento de su vida olvidada, si bien intentando que pueda percatarse de que se trata de un pasado enterrado. La compulsión de repetición, como la denomina Freud, no constituye una resistencia de lo inconciente –pues éste no aspira sino a irrumpir hasta la conciencia–, sino que proviene de los sistemas superiores que operaron la represión en su momento; sin embargo, esto no significa que las resistencias sean conscientes, ya que hay mucho de lo inconciente en el interior del yo. Por ello, Freud corrige su terminología oponiendo el yo-coherente y lo reprimido en lugar de consciente e inconciente, y afirma que la compulsión de repetición debe ser adscrita a lo reprimido inconciente. (Cfr. *Ibidem*, págs. 18-20).

Ahora bien, la resistencia que se manifiesta en la compulsión de repetición está al servicio del principio de placer, toda vez que intenta evitar el displacer que se excitaría por la liberación de lo reprimido: “Es claro que [...] lo que la compulsión de repetición hace revivenciar no puede menos que provocar displacer al yo, puesto que saca a luz operaciones de mociones pulsionales reprimidas” (*Ibidem*, pág. 20). Sin embargo, como se ha visto, esta clase de displacer no contradice al principio de placer, pues es tanto displacer para un sistema como satisfacción para el otro.

Pero también ocurre que la compulsión de repetición reproduce vivencias del pasado que en modo alguno fueron placenteras, toda vez que tampoco entonces pudieron ser satisfechas. Es el caso de los deseos sexuales infantiles que eran inconciliables con la realidad y con su etapa evolutiva, y que en virtud de ello fueron sepultados en medio de sensaciones profundamente dolorosas. Estas experiencias dolorosas son repetidas por los neuróticos en la transferencia por una compulsión que esfuerza a ello. Todo esto conduce a Freud a suponer que “en la vida anímica existe realmente una *compulsión de repetición* que se instaura más allá del *principio de placer*” (Ibidem, pág. 22). Aún más: a juzgar por lo revisado en torno a la compulsión de repetición en el juego infantil y en los fenómenos de la transferencia, el psicoanalista vienés propone la hipótesis acerca de que ella es más originaria, elemental y pulsional que el propio *principio de placer*. Llegados a este punto resta plantear dos cuestiones que me interesa destacar. La primera tiene que ver con la reformulación que la *compulsión de repetición* introduce en la tesis de que el sueño es cumplimiento de deseo. De acuerdo con Freud, a la luz de lo comprendido, los sueños de los enfermos de neurosis traumática ya no se sostienen como cumplimiento de deseo, pero tampoco aquellos que se presentan en análisis y que rememoran los traumas psíquicos de la infancia. Éstos, más bien, obedecen a la compulsión de repetición como efecto de la convocatoria a lo olvidado y lo reprimido que el análisis efectúa. De modo que la función originaria del sueño de eliminar aquello capaz de interrumpir el dormir sólo podría alcanzarse una vez que el conjunto de la vida anímica hubiera aceptado el imperio del principio de placer.

Así, no sería la función originaria del sueño eliminar, mediante el cumplimiento de deseo de las mociones perturbadoras, unos motivos capaces de interrumpir el dormir; sólo podría apropiarse de esa función después que el conjunto de la vida anímica aceptó el imperio del principio de placer. Si existe un «más allá del principio de placer», por obligada consecuencia habrá que admitir que hubo un tiempo anterior también a la tendencia del sueño al cumplimiento de deseo. Esto no contradice la función que adoptará más tarde. Pero, una vez admitida la excepción a esta tendencia, se plantea otra pregunta: ¿No son posibles aun fuera del análisis sueños de esta índole, que en interés de la ligazón psíquica de impresiones traumáticas obedecen a la compulsión de repetición? Ha de responderse enteramente por la afirmativa. (Ibidem, pág. 31).

La segunda cuestión tiene que ver con el hecho de que Freud considera que el entramado de lo pulsional con la compulsión de repetición está relacionado con un carácter universal de las pulsiones, en el sentido de que atañería a toda vida orgánica en general. Él no abandona la idea de que el desarrollo de la ciencia biológica pudiera llegar a aclarar estos fenómenos. La razón por la que destaco esto se debe a que constituye un aspecto del que Lacan se va a distanciar, para leerlo, más bien a la luz de la determinación de lo simbólico, como veremos en la siguiente sección.

2. Encuentro con lo real: la lectura lacaniana del concepto de compulsión de repetición

2.1. La ley del significante en el dominio de lo inconciente como lo reprimido (la causa): eso habla

En *“El Yo y el Ello”* (1923), Freud distingue dos clases de inconciente. En virtud de su planteamiento acerca de que lo inconsciente es lo reprimido, apunta que aquello latente pero susceptible de conciencia configura el inconciente descriptivo (preconciente); mientras que lo que es insusceptible de conciencia es el inconciente dinámico. Pero es a este último al que, en realidad, limita el nombre de inconciente, es decir, a lo reprimido inconciente dinámicamente.

Con el fin de ubicar lo que Freud llamó inconciente dinámico, Lacan evoca la noción de la hiancia que, en Kant, supone “la función de la causa a toda aprehensión conceptual” (1964a, pág. 29). En el “Ensayo de introducción del concepto de magnitudes negativas a la filosofía”, Kant distingue la contraposición real—determinante en una cadena o ley—de la contraposición lógica—lo que queda por fuera—. En la primera, los predicados sobre algo están contrapuestos pero no son contradictorios; por ejemplo, al aplicar a un cuerpo dos fuerzas en direcciones opuestas, dichas fuerzas son contrarias pero no contradictorias. En la contraposición lógica, en cambio, se niega y afirma algo al mismo tiempo. El resultado de esto es nada, algo imposible de pensar, de comprender mediante la razón. Por ejemplo, un cuerpo no puede estar al mismo tiempo en reposo y en movimiento, eso no es cogitable, es imposible de pensar.

La causa, en Lacan, refiere a eso anticonceptual ⁵⁹, y ubica allí la hiancia, el agujero, en la medida en que en la función de la causa siempre queda esencialmente cierta hiancia. ⁶⁰ De acuerdo con lo anterior, cuando se habla de causa siempre hay algo anticonceptual e indefinido: “sólo hay causa de lo que cojea” (Ibidem, pág. 30). Y es allí donde Lacan sitúa el inconciente freudiano, en lo que cojea entre la causa y lo que ella afecta porque, señala, lo importante no es que lo inconciente determine la neurosis, sino que muestra la hiancia donde ésta empalma con un real. Así, por ejemplo, se refiere a lo que Freud denominó el ombligo del sueño –el centro desconocido– como la hiancia. En ella se encuentra algo del orden de lo no realizado.

Ahora bien, Lacan considera que Freud no tenía en su tiempo el campo de la lingüística, cuyo modelo está constituido por el juego combinatorio que opera por sí mismo y de modo presubjetivo; campo que permite al primero postular que el inconciente está estructurado como un lenguaje. Pero hay que decir que, de cualquier modo, este planteamiento no prescinde de Freud, ya que si algo nos reveló el creador del psicoanálisis es que el inconsciente habla, y nos mostró en varios de sus textos y análisis los juegos del significante que tienen lugar en el tropiezo, el fallo, la fisura –lapsus, actos fallidos, sueños–. Allí donde la cosa tropieza, cojea, aparece algo como intencional, y eso que se produce se presenta como el hallazgo: “este hallazgo, en cuanto se presenta, es re-hallazgo y, además, está dispuesto a escabullirse de nuevo, instaurando así la dimensión de la pérdida” (Ibidem, pág. 33). Debido a la forma de discontinuidad en que el inconciente se nos aparece como fenómeno, Lacan argumenta que debe ser ubicado en la dimensión de una sincronía, y más específicamente, en el plano del sujeto de la enunciación, pues es allí donde el sujeto se pierde y se vuelve a encontrar.

⁵⁹ Si bien Kant inscribe la causa como modalidad de la razón pura, para Lacan esto no la hace más racionalizada.

⁶⁰ Considero que otro modo de comprender la noción de la causa es a partir del modo en que Lacan lee lo planteado por Freud acerca de la negación (1925). Aunque no se refiere a causa, en “Respuesta al comentario de Jean Hyppolite sobre la Verneinung de Freud”(2009b) ubica una negación primordial, que es condición del proceso mismo de la Bejahung (afirmación) y que, incluso, corresponde a un tiempo previo a la Verdrängung.

Para comprender mejor cómo introduce Lacan la ley del significante en el dominio de la causa, es decir, en el sitio donde la hiancia se produce, conviene traer a colación un esbozo de sus planteamientos acerca de la relación entre el sujeto, el significante y lo real. La noción de sujeto en Lacan es la de ser efecto del significante (Cfr. Lacan, 1961a, pág. 6). Ahora bien, identificar el estatuto del significante requiere diferenciarlo del signo a partir de lo que constituye su esencia: el trazo o rasgo unario. Un signo representa algo para alguien, por ejemplo, la huella de un paso sobre la arena. El significante por su parte, apunta Lacan de acuerdo con Saussure, no es sino pura diferencia, su valor deriva de no ser lo que otros significantes. El hecho de ser pura diferencia implica que la relación del signo con la cosa que representa –la huella– esté borrada. Lo que queda de ese borramiento es un trazo, el trazo unario, el uno, la marca de la diferencia pura. La manifestación del uno designa, a su vez, la multiplicidad, pues, en tanto diferencia supone otros uno de los que se distingue, aun si todos ellos se identifican por ser repetición de aquél. De modo que el significante es lo que introduce la diferencia en lo real. (Cfr. Lacan, 1961b, págs. 11-13 y 19- 21).

Dado que el sujeto es efecto del significante, el trazo unario, en tanto borradura de la huella, supone a un sujeto que “busca hacer desaparecer [...] su propio pasaje de sujeto. La desaparición está redoblada por la desaparición a la que se apunta que es la del acto mismo de hacer desaparecer” (1962a, pág. 6). De tal modo que si el signo representa algo para alguien, el significante, por su parte, “representa al sujeto para otro significante” (Ibidem, pág. 5). De allí que Lacan se refiera al fading como aquellos momentos en los que, debido a la estructura del sujeto y a los equívocos que el significante produce –al tropiezo–, aparece para inmediatamente desaparecer y reaparecer nuevamente desapareciendo.

De aquí que Lacan señale que si algo quiere decir el ser –aquello que sostendría un discurso– es lo real en tanto inscrito en lo simbólico: “Lo real del sujeto como algo que entra en el corte [la ranura, la hiancia], el advenimiento del sujeto en el nivel del corte, su relación con algo que sin duda hay que denominar un real pero que no está simbolizado por nada: he aquí de qué se trata” (Lacan, 2015c, pág. 442).

2.2. Tyche y automaton: el automatismo de repetición como la insistencia de un significante que introduce lo real

Una vez esbozados los elementos que permiten comprender cómo articula Lacan la ley del significante con el dominio de la causa podemos avanzar en la lectura que hace del automatismo de repetición -compulsión de repetición en Freud-. El significante, dice, constituye a lo que es la base de la experiencia analítica, es decir, el automatismo de repetición. Pero lo interesante, observa, no es tanto que la repetición ponga de manifiesto lo mismo, sino por qué eso se repite. (Cfr. Lacan, 1961b, págs. 22-23). La incidencia está ahí para recordar, para hacer insistir algo que no es sino un significante, introduciendo, así, la diferencia, la unicidad, en las repeticiones. Se trata de algo acaecido en el origen que tomó la forma de a, cuya repetición hace resurgir ese signo a. (Cfr. Lacan, 1961c, págs. 1-2).

Otro modo de comprender lo anterior es proporcionado por Lacan apelando a las nociones aristotélicas de tyche y automaton. Este último se refiere al retorno de los signos, a su insistencia; Lacan lo asimila al retorno a que nos somete el principio de placer. La tyche por su parte es, según su traducción, el encuentro con lo real y se ubica más allá del automaton. (Cfr. 1964b, pág. 62). ¿Cómo entender ese “más allá” del automaton? Si, como apunté arriba, el trazo unario indica la unicidad de la repetición, lo que el sujeto busca inconscientemente es esta unicidad significativa, es decir, lo unario original, trazo que deja al desnudo el agujero, la hiancia. La repetición, entonces, no es únicamente el retorno de los signos, ya que implica la función de lo real como encuentro -de la tyche-, un encuentro que es esencialmente fallido. Lacan llama la atención sobre el hecho de que en la historia del psicoanálisis la función de la tyche se haya presentado primero bajo la forma del trauma, es decir, de que lo real se manifestara con su carácter de inasimilable, pues, dice: “Estamos aquí en el meollo de lo que puede permitirnos comprender el carácter radical de la noción conflictiva introducida por la oposición del principio del placer al principio de realidad” (Ibidem, pág. 63). Ciertamente, la experiencia muestra que el trauma, lejos de ser taponado por el equilibrio propio de la regulación que opera el principio de placer, insiste, en el seno mismo de los procesos primarios -del inconciente-, en no dejarse olvidar.

En “El seminario sobre ‘La carta robada’” (2009), Lacan apunta que el juego del niño (fort-da) mediante el cual Freud ejemplifica la compulsión de repetición, en la medida en que hace operar la ausencia- presencia de un objeto manifiesta de manera radical la determinación del orden simbólico sobre el animal humano: más que ser constituido por el hombre, lo constituye. Añade Lacan que si bien la insistencia del automatismo de repetición fue explicada por Freud como motivada de modo prevital y transbiológico, debemos leer en ello que de lo que se trata es de la estructura de la determinación del significante, que se introduce por la vía del Otro.

Previamente apunté que la introducción de la unicidad en las repeticiones apunta, para Lacan, a algo acontecido en el origen que tomó la forma de objeto a. La interpretación que hace Freud del juego fort-da como un modo en que el niño recubre el efecto de la desaparición de su madre tornándose en el agente de la misma, le parece un fenómeno secundario al psicoanalista francés. En cambio, lo que le parece digno de destacar es el hecho de que la ausencia de la madre introduce la hiancia que se constituye como causa del trazado del carrete donde lo que cae no es la progenitora en tanto figura en la que se proyecta el niño, sino el propio carrete unido a él por el cordón. Es decir que algo se desprende del niño en esta prueba, manifestando así la automutilación por la cual cobra su perspectiva el orden de la significancia. El juego es, pues, su respuesta a lo que la ausencia de la madre creó en el límite de su dominio: un foso alrededor del cual juega. El carrete, entonces, no es la madre, sino un trozo del sujeto que se desprende, aunque sin dejar de pertenecerle al retenerlo. De modo que:

Si el significante es en verdad la primera marca del sujeto, cómo no reconocer en este caso —por el sólo hecho de que el juego va acompañado por una de las primeras oposiciones en ser pronunciadas— que en el objeto al que esta oposición se aplica en acto, en el carrete, en él hemos de designar al sujeto. A este objeto daremos posteriormente su nombre de álgebra lacaniana: el a minúscula. (Ibidem, pág.70)

El conjunto de la actividad que simboliza la repetición de la partida de la madre hace de dicha partida la causa de una división (spaltung) en el sujeto.

2.3. Sueño “Él no sabía que estaba muerto... según su anhelo”

Anteriormente apunté que Freud reveló que el inconciente habla en el tropiezo, el fallo, la fisura, esto es, en el lapsus, el acto fallido, el síntoma y el sueño. Que allí donde la cosa tropieza, aparece algo como intencional que se manifiesta en forma de un hallazgo, mismo que se presenta para escabullirse de nuevo, instaurando la dimensión de la pérdida. Con base en ello, en este apartado expongo el modo en que Lacan aborda, desde la noción de encuentro con lo real, uno de los sueños registrados y analizados por Freud en *La interpretación de los sueños*. En el apartado dedicado a los “*Sueños absurdos*”, Freud consigna el siguiente sueño:

[...] un hombre que había cuidado a su padre durante la enfermedad de éste, y sufrió mucho a causa de su muerte, tuvo tiempo después este sueño disparatado: El padre estaba de nuevo con vida y hablaba con él como solía, pero (esto era lo asombroso) estaba no obstante muerto, sólo que no lo sabía. (Freud, 1900, pág. 430)

Freud señala que para comprender este sueño se requiere agregar “a causa de su deseo” o “según su deseo” a las palabras “estaba muerto” y añadir que “él lo deseaba”, es decir, el soñante, a las últimas palabras. Así, lo que el pensamiento onírico dice es que para el sujeto era un doloroso recuerdo haber tenido que desearle la muerte al padre, y habría sido espantoso que éste lo sospechara. Lacan destaca el hecho de que Freud aborde el problema de la interpretación de este sueño por medio del significante, en virtud de que lo que hace es insertar cláusulas en el texto del sueño. Esta inserción indica un significante que es producido por su falta. (Cfr. Lacan, 2015a, págs.66-67).

El sueño que nos ocupa no es sino un caso típico en el que un autoreproche que nos hacemos en relación a la persona amada conduce a la significación infantil del deseo de muerte. Se trata de la transferencia de una situación primordial a una actual.

Pero resulta significativo que, en realidad, ese anhelo no era desconocido para el sujeto: en el curso de la enfermedad de su padre, el sujeto, efectivamente, le deseó la muerte como medio para poner fin a su dolorosa agonía, si bien se esforzó por disimularle ese deseo. Éste no era inconsciente ni preconscious siquiera; era perfectamente accesible a la conciencia. No obstante, el hecho de que Freud insertara un significante, supone que antes hubo una sustracción, término con el que Freud designa la represión en su forma pura, y Lacan puntualiza: *“en su efecto”* (Ibidem, pág. 68).

Destaco la puntualización que hace Lacan porque, como él mismo apunta, si lo sustraído no es algo oculto a la conciencia, entonces el fenómeno de sustracción toma un valor positivo. Es por ello que introduce la problemática en torno a la relación y diferenciación entre represión y elisión. La primera se aplica, dice, a algo que es del orden de la *Vorstellung* [Representación]; la elisión, por su parte, indica a la aparición de un nuevo sentido. Cabe señalar que, dado el significado de elisión, este término apunta a algo que *“en sí mismo es una forma vacío de sentido”* (Ibidem, pág.69).

En virtud de que el sueño para ser interpretado requiere ser dicho, relatado, conviene apuntar brevemente lo que Lacan señala acerca del sujeto del enunciado, el sujeto de la enunciación y su relación con la negación. En lo que se refiere al yo (Je), se debe diferenciar entre el yo (Je) del enunciado y el yo (Je) de la enunciación: *“El primero está implicado en cualquier enunciado, en la medida en que, al igual que cualquier otro, es el sujeto de una acción enunciada [...]. El otro está implicado en toda enunciación, pero tanto más cuando se anuncia como yo de la enunciación”* (Lacan, 2015b, pág. 93). El modo en que se anuncia este último no es indiferente.

Se trata de ese sujeto que aparece en algún punto de la cadena significativa para desaparecer nuevamente, el que se asoma y se sustrae. Recordemos que, al abordar el significativo y el trazo unario, Lacan refiere a la marca que queda en lugar de la huella indicando su borramiento. Esa función del no del no, la vincula a cierto tipo de negación descrito por Pichon, que forma parte de la negación de discordancia. Se trata del ne expletivo que se encuentra en oraciones como *Je crains qu'il ne vienne*. Pese a que se entiende su significado como "*Temo que venga*", el hecho de que se interpole ne habla de un uso en la lengua francesa, que "capta cierta deambulación del ne en su descenso desde el proceso de la enunciación hasta el proceso del enunciado" (Ibidem, pág. 97). A partir de esto no sólo se puede captar esos momentos en los que el sujeto aparece y se sustrae sino algo de su deseo: "como anhelo que no venga, ¿puedo hacer otra cosa que articular *Je crains que'il ne vienne?*" (Ibidem, pág. 98).

Volvamos al sueño. Éste es comunicado por medio de un enunciado, pero uno que es presentado como una enunciación, en razón de que el sujeto cuenta el sueño para algo diferente del enunciado que relata, para ser interpretado. Lacan ordena los elementos de la siguiente manera: de un lado el sujeto, atravesado por el dolor; del otro, el padre, que no sabía que estaba muerto. Del lado del sujeto hay un dolor porque él estaba muerto; del lado del padre, a ese dolor le corresponde que él no sabía lo mismo, que él estaba muerto. En este reparto se interpola según su anhelo.

Del lado del sujeto	Del lado del padre
Dolor (porque) él estaba muerto	Él no sabía Que él estaba muerto
Según su anhelo	

Ahora bien, ¿cómo pueden leerse esos elementos?

Él estaba muerto según su anhelo. Lacan señala que el pesar experimentado por el sujeto en el sueño se aproxima al dolor de la existencia cuando, en la intensidad del sufrimiento, se anula el deseo de vivir. Si bien el sujeto sabía de ese dolor, el sentido de la emergencia de ese afecto en el sueño indica que asume ese dolor como tal. (Cfr. Ibidem, págs. 107-108)

Él no sabía. Como apunté previamente, el anhelo de que la muerte terminara con la agonía del padre no le es desconocido al sujeto. Lo que no puede ver es que él asume el dolor de su padre. Y para preservar esa ignorancia la sitúa en el padre (el objeto) bajo la forma de *él no sabía*. Esto resulta mejor que confrontarse a la revelación del contenido más secreto del anhelo: la castración del padre —el rival— que retorna al sujeto como amenaza en el momento de la muerte de aquél.

Sin embargo, podemos dar un paso más. El anhelo de la castración del padre, dice Lacan, no es sino “la máscara de lo más profundo que hay en la estructura del deseo tal como el sueño la denuncia” (Ibidem, pág. 109), es decir, de la imposibilidad de escapar del hecho de estar constituido por efecto del significante; de la falta en ser. La castración está precedida por la privación. Esto no está expresado tanto por el anhelo, sino por el significante según. El destaque que hice de la puntualización de Lacan en torno al valor positivo de la sustracción de la cláusula reinsertada por Freud, cobra sentido a la luz de este según. Cabe recordar que Freud apunta: “*a causa de su deseo*’ o *‘según su deseo*’”. Si causa y según pueden leerse como equivalentes, emerge, entonces, la hiancia como causa, el agujero, la nada, lo real. La elisión del significante según (causa) signa la discordancia entre lo enunciado y lo que está en las necesidades de la enunciación, donde vemos al sujeto aparecer para desvanecerse. Después de todo, *él no sabía*.

A continuación retomo algunos elementos que dan cuenta de lo que Lacan denomina fantasma onírico.

La confrontación del sujeto con la muerte es figurada en el sueño. Pero ésta, la muerte, es adjudicada al padre, con lo cual, su sentido mortal se desvanece para el sujeto: él no está muerto, y la prueba de ello es que puede padecer el dolor en lugar del padre. De este modo, encuentra su apoyo en el otro, que asume la forma de objeto. Entonces, el sujeto interpone la imagen del objeto para perpetuar su ignorancia en torno a su deseo.

La función de la interdicción que el padre encarnaba se mantiene por el hecho de que él (el sujeto) no sabía. Este no saber lo separa de su deseo y le proporciona una coartada. No obstante, si bien es cierto que esta ignorancia es asumida por el sujeto, también es verdad que éste se asume como quien sabe lo que el otro no sabe. ¿Qué es lo que el padre no sabe? Que está muerto. Pero esta expresión es en sí misma paradójica, ya que su enunciación hace subsistir a aquel en quien recae.

Que el padre no sepa que está muerto es el reverso de la ignorancia del sujeto que no sabe que la naturaleza del dolor que siente es la del dolor por la existencia como tal cuando el deseo la abandona. Al asumir en su propia persona este dolor, evita afrontar el hecho de que el sufrimiento y la agonía experimentados por el padre lo amenazan a él mismo. El padre es convocado y revivido imaginariamente para interponer esta imagen ante el abismo que se abre al verse confrontado con el fin de su propia existencia.

Conclusiones

Lacan hace una crítica feroz a los psicoanalistas de su época mediante la denuncia del modo en que psicologizaron el psicoanálisis y construyeron toda una ortopedia privilegiando la meta de fortalecer al yo a partir de un ajuste entre sus pulsiones y el objeto; olvidando, así, el hecho fundamental de que el objeto está perdido y las implicaciones radicales que supuso la inflexión Freudiana a partir de la comprensión y elaboración del concepto de compulsión de repetición. Esta denuncia lo condujo a postular la necesidad de un retorno a Freud, un retorno cuyo sentido es volver a la experiencia que nos muestra que “eso habla”. Por ello, el automatismo de repetición ocupa un lugar también inaugural en las elaboraciones de Lacan en dicho retorno. No obstante, en su esfuerzo de volverle la dignidad a la palabra, el psicoanalista francés contaba con los desarrollos de la lingüística estructural de su época y su modelo del juego combinatorio de los significantes, a partir de lo cual estableció su noción del sujeto como efecto del significante y a éste último como lo que introduce lo real, para mostrar cómo la estructura de lenguaje opera de manera presubjetiva y otorga su estatus al inconciente.

En el afán de otorgar una explicación biológica primigenia a la compulsión de repetición. El trauma como lo inasimilable que apunta a la hiancia y el juego de fort-da como manifestación de la determinación del orden simbólico sobre el ser humano que deja como resto una pérdida –el objeto a– lo condujeron a la argumentación del automatismo de repetición como insistencia de un significante que deja al desnudo la hiancia –lugar de lo inconciente–, un encuentro con lo real. Significante y real (ex-sistencia) son nociones que constituirán buena parte de la impronta lacaniana, algo de –si se me permite– su estilo, pues queda claro que, si llevamos a las últimas consecuencias lo revisado en este trabajo, el retorno a Freud, como todo retorno, como repetición, no escapa a la insistencia de algo que singulariza a Lacan y a su deseo.

Bibliografía

Freud, Sigmund. (1900). La interpretación de los sueños (segunda parte). Obras completas. Tomo V. Buenos Aires, Editorial Amorrortu, 1992.

Freud, Sigmund. (1911). “Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico”. Obras completas. Tomo XII. Buenos Aires, Editorial Amorrortu, 1992.

Freud, Sigmund. (1920). “Más allá del principio de placer”. Obras completas. Tomo XVIII. Buenos Aires, Editorial Amorrortu, 1992.

_____. (1923). “El yo y el ello”. Obras completas. Tomo XIX. Buenos Aires, Editorial Amorrortu, 1992.

_____. (1925). “La negación”. Obras completas. Tomo XIX. Buenos Aires, Editorial Amorrortu, 1992.

_____. (1929). “El malestar en la cultura”. Obras completas. Tomo XXI. Buenos Aires, Editorial Amorrortu, 1992.

Lacan, Jacques. (1964a). “El inconsciente freudiano y el nuestro”. El seminario de Jacques Lacan 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis (1964). Buenos Aires, Editorial Paidós, 2010.

Lacan, Jacques. (1964b). “Tyche y automaton”. El seminario de Jacques Lacan 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis (1964). Buenos Aires, Editorial Paidós, 2010.

_____. 1961a. “Clase 1, del 15 de noviembre de 1961”. El Seminario 9. La Identificación (1961-1962). Buenos Aires, Versión inédita.